

## La sangre de Ur

La sociedad civil del Ur estaba regida por un poder sacerdotal del cual Ret formaba parte desde el primer día de su nacimiento.

Como uno de los elegidos, fue arrebatado a su madre para ser criado en el recinto del templo, donde continuó su educación durante quince años, edad a la que se unió al grupo de sacerdotes como acólito.

El sudor le caía por el rostro desde la cabeza rapada en la que lucía el tatuaje de Pazuzu, su dios icono. Si dentro del palanquete sacerdotal hacía calor, fuera, para los esclavos que lo portaban, debía ser lo más parecido al infierno que precognizaba su dios-demonio sagrado.

Ret desechó este pensamiento de inmediato, pues desde pequeño había sido inculcado en el sistema de clases y castas, del cual él era una de las cabezas de la pirámide. Como miembro del sacerdocio religioso, y representante de los dioses de Ur, tenía derecho a cualquier cosa que sus ojos desearan, mujeres, riquezas, incluso la vida de los demás hombres inferiores.

Ret ordenó a los portadores que se detuviesen en frente de un pequeño comercio de cazuelas y pucheros de barro cocido, regentado por una persona que él conocía bien. Hervat el barrero era un hombre alto, delgado pero musculoso, que cada día bajaba al río con sus ayudantes a recoger los pesados ladrillos de adobe y barro con los que hacía las piezas de cerámica que ahora mismo se calentaban al sol en la puerta de su hogar.

Pero no era por eso por lo que le recordaba Ret, sino por que él había sido el causante de que Hervat perdiese a su hija. Hacía años, el todavía joven sacerdote se había encaprichado de la chica, de tan solo diecisiete años, y había ordenado anular la boda que le había preparado su padre con un herrero de un poblado al norte de Ur.

Con prontitud, los soldados de la ciudad habían procedido a coger a la chica y a llevarla hasta los aposentos de Ret, donde él pudo disponer de sus servicios como criada y compañía.

Pero las pesadas cargas de la vida sacerdotal, y su servidumbre a un elegido la habían hecho huir. Si en ese momento Ret hubiese podido probar que ella había escapado del recinto del templo habría ordenado su muerte, y el sumo sacerdote le habría complacido, pues una muerte siempre significaba la oportunidad de agradar a los dioses y de intimidar al populacho.

Pero no fue así. A pesar de que su odio se dirigía hacia el padre de la chica, Ret pudo tomar cumplida venganza cuando la joven fue capturada en las afueras de la ciudad, en la orilla del río sagrado escondido entre unos juncos.

Diez días de sufrimiento habían ordenado para ella, por su atrevimiento, y la sentencia fue cumplida. Al final del séptimo, la muerte se llevó el alma de ella, pero su cuerpo sufrió vejaciones por parte de los soldados hasta que el décimo día se puso el sol.

Por ello, porque una chica había pagado por el orgullo de su padre, Ret se paraba cada día frente a la tienda de cerámica, para recordar su puesto a Hervat, que siempre le miraba desafiante.

Pero ese día el ceramista no estaba en la tienda. Sus dos ayudantes recogían las vasijas y corrían a llevarlas al interior, pues estaba atardeciendo, y pronto se encenderían las antorchas que llamaban al templo. Ninguno debía faltar a sus votos y sus deberes con los sacerdotes.

Ret ordenó continuar el camino en dirección al lugar donde se celebrarían los oficios, pues se habían demorado demasiado. Ordenó a los porteadores que tomaran el camino habitual, un atajo lejos de los caminos más transitados y atestados.

El sol se ponía ya por el horizonte, y las sombras se hacían las dueñas de las calles, extendiendo su dominio por orden de los dioses hasta que volviese a surgir el sol a la mañana siguiente, si los sacerdotes lo ordenaban, claro.

Un brusco golpe le hizo tambalearse, el palanquete calló al suelo con un golpe seco sobre las calles de arena. Y el ruido de un forcejeo fuera de las cortinas del mismo le asustó. Al cabo, un par de gemidos ahogados sonaron, y Ret llamó a sus guardaespaldas y sirvientes, mientras la cortina que le resguardaba del sol se abría.

En pie, frente a él, se encontraba Hervat, con una espada corta manchada de sangre en la mano, y con una mirada en los ojos que le dijo a Ret que nada detendría la venganza de un padre.

Una vez más, se cumplió el rito de venganza que se venía ejecutando desde que los hombres aprendieron a hablar y matar.